

victa de incesto la vestal Tuccia, se suicida.—Declárase la guerra á los ilirios para vengar la muerte de un legado enviado por la república.—Los ilirios quedan vencidos.—Elévase á cuatro el número de los pretores.—Los galos transalpinos hacen irrupción en Italia y quedan destrozados. Dicese que, en esta guerra, el pueblo romano puso en armas hasta trescientos mil soldados entre aliados y romanos.—Los ejércitos romanos pasan el Pó por primera vez; triunfan en muchos combates sobre los galos insubrios y los someten.—El cónsul M. Claudio Marcelo mata por su mano á Vindomaro, rey de los galos, y consigue sobre él los terceros despojos opimos.—Sojúzgase á los istrius y á los ilirios, que se habían sublevado.—Los censores cierran el lustro: el censo arroja doscientos setenta mil doscientos trece ciudadanos.—Los libertos quedan distribuidos en cuatro tribus separadas, habiendo estado hasta entonces incorporados á las otras. A estas tribus se les llama Esquilina, Palatina, Suburrana y Colina.—El censor C. Flaminio hace pavimentar la vía que después llevó su nombre, y construye el circo que se llamó también Flaminio.—Establécense en las tierras conquistadas á los galos las colonias de Placencia y de Cremona.

LIBRO XXI.

SUMARIO.

Origen de la segunda guerra púnica.—Ataque y toma de Sagunto por Aníbal.—Roma declara la guerra á los cartagineses.—Aníbal atraviesa los Pirineos, derrota á los galos y cruza los Alpes.—Pasa á la Italia, derrota á los romanos en el Tesino.—Victoria de Aníbal en Trebia.—Trabajos de su ejército al cruzar el Apenino.—Triunfos de Cn. Cornelio Escipión en España sobre los cartagineses y prisión de su jefe.

Séame lícito decir, en esta parte de mi obra, como lo han hecho la mayor parte de los historiadores al comenzar sus relatos, que voy á narrar la guerra más memorable de todas las que han tenido lugar; voy á narrar la que los cartagineses, mandados por Aníbal, sostuvieron contra el pueblo romano. En efecto, jamás midieron sus armas naciones ni ciudades más poderosas; jamás las mismas Roma y Cartago dispusieron de mayores fuerzas y poderío. No luchaban ahora sin conocimiento de la guerra, sino con la experiencia adquirida en la primera guerra púnica; y la fortuna fué tan varia y tan incierta la lucha, que quedó vencedor el bando que estuvo en mayor peligro. Además, tal vez

por ambos lados hubo más odio que fuerzas comprometidas en la pelea: indignaba á los romanos ver á los vencidos atreverse á atacar á los vencedores; y en el ánimo de los cartagineses la tiranía y la avidez abusaban de la desgracia de los vencidos. Dícese que Aníbal, teniendo apenas nueve años de edad, habiendo suplicado á su padre entre mil caricias infantiles que le llevase á España, cuando después de haber terminado la guerra de Africa (1) se preparaba Amílcar por un sacrificio á conducir un ejército á este país, le llevó al altar, le hizo tocar las ofrendas y le obligó á que jurase hacerse, todo lo más pronto que pudiera, enemigo del pueblo romano. Aquel ánimo altivo estaba apenado por la pérdida de la Sicilia y de la Cerdeña. En su opinión había sido abandonada la Sicilia por desesperación demasiado precipitada; y acusaba á los romanos de haber arrebatado pérfidamente la Cerdeña, aprovechando las turbulencias de Africa, y de haberle impuesto además nuevo tributo.

Dominado por estos sentimientos durante los cinco años de la guerra de Africa (2), á la que siguió de cerca

(1) Alude á aquella terrible guerra de los mercenarios, que por modo tan repentino estalló al terminar la primera guerra púnica, sublevando al Africa contra la odiosa dominación de los cartagineses y reduciéndoles á sus propias murallas. Tan grande fué el peligro, que reconcilió momentáneamente y por primera vez á los dos bandos rivales de los Barca y los Hannón. En este apuro, tuvo Cartago que arrojarle en brazos de Amílcar, á quien acusaba de haber encendido aquella guerra con sus exageradas promesas, y á quien en otras circunstancias, tal vez hubiese reservado muy distinta suerte. Amílcar, después de intentar en vano reducir á los rebeldes por la moderación, exterminó más de sesenta mil en tres batallas sucesivas; esto mereció á esta guerra el nombre de inexpiable.

(2) Polibio dice que esta guerra solamente duró tres años y cuatro meses. En estos cinco años que cuenta Tito Livio, debe comprenderse el tiempo que permaneció Amílcar en Africa, es

la paz de Roma, después en España, durante nueve años, de tal manera trabajó en aumentar la fuerza de su patria, que fácilmente pudo verse que meditaba una guerra más importante que la que le ocupaba entonces; y que, si hubiera vivido más tiempo, los cartagineses hubiesen llevado á Italia, guiados por Amílcar, la guerra que llevaron conducidos por Aníbal. La muerte de Amílcar, muy oportuna para los romanos, y la infancia de Aníbal retardaron esta guerra. Entre el padre y el hijo medió un intervalo de ocho años, durante el cual obtuvo Asdrúbal el mando. Dícese que la gracia de su juventud la valió el cariño de Amílcar; después, en la ancianidad de éste, llegando á ser yerno suyo, merced á la elevación de su carácter y apoyado en virtud de este título por la fracción barcina (1), cuya influencia era grande sobre los soldados y el pueblo, se apoderó del poder, al que los nobles no pensaban llevarle. Usando con más gusto de la habilidad que de la fuerza, de los lazos de hospitalidad formados con los reyezuelos

decir, el intervalo que medió desde la terminación de la primera guerra púnica hasta el paso del general cartaginés á España.

(1) El Senado de Cartago estaba dividido en dos partidos constantemente hostiles, por las familias Hannón y Barca. Estos, que dieron á Cartago sus generales más famosos, se veían apoyados por el pueblo; aquellos, generales torpes y administradores infieles, tenían de su parte á los rentistas, los mercaderes y todos los que hacían fortuna y se ocupaban de negocios en Cartago, no siendo éstos el número menor. La obstinación de su antagonismo parece indicar, más que rivalidad de familias, rivalidad de razas. Los Barca, como indica el origen africano de su nombre, representaban por su genio militar el ardiente carácter de los indígenas, los nómadas; mientras que los Hannón, verdaderos cartagineses, representaban el carácter ávido y mercantil de la raza fenicia. Sea como quiera, esta rivalidad, que desempeña importante papel en la historia de los cartagineses, fué tal vez la salvación de Roma, y seguramente causa poderosa de la ruina de Cartago.

de Africa y el arte de ganarse de este modo los pueblos por la amistad de los reyes, le ayudaron más que la guerra y las armas para realzar el poderío de Cartago. Por lo demás, la paz no le salvó: irritado un bárbaro porque había hecho perecer á su señor, le asesinó públicamente. Cogido por los que rodeaban á Asdrúbal, no se mostró más inquieto que si se hubiese fugado; y cuando se veía desgarrado por la tortura, tanta fué su fortaleza que su serenidad no cedió al dolor, llegando hasta á sonreír. Con aquel maravilloso arte que tenía Asdrúbal para atraerse las naciones y hacerlas entrar en sus intereses, indujo á los romanos á que renovasen con él el tratado de alianza, según el cual, los dos imperios debían tener el Ebro por límite, y conservar su independencia los saguntinos, que se encontraban entre las dos fronteras.

Muerto Asdrúbal, no pudo dudarse que la prerrogativa de los soldados, que en el acto habían llevado al joven Aníbal al pretorio, proclamándolo general con grito y consentimiento unánimes, quedase muy pronto confirmada por el voto del pueblo (1). Apenas había entrado en la edad de la pubertad, cuando Asdrúbal escribió á Cartago para tenerle á su lado: el Senado delibe-

(1) Este nombramiento de los jefes, hecho por los soldados era una irregularidad en la constitución de Cartago. Ordinariamente el Consejo procedía primero á la elección de generales, sometiéndose en seguida la elección á la aprobación del Senado y del pueblo. Algunas veces también el ejército proclamaba su general, tolerándose este nombramiento irregular, aunque debía confirmarlo el pueblo, como vemos en esta ocasión. Polibio dice hablando de esto: "Cuando se supo en Cartago que el ejército había proclamado por unanimidad á Aníbal, reunióse inmediatamente al pueblo en asamblea y ratificó con una sola voz la elección de los campamentos."

Parece, sin embargo, que esta ratificación del pueblo era mera formalidad, que daba á estos nombramientos apariencia legal.

ró acerca de la petición y fué enérgicamente apoyada por los Barca, que deseaban vivamente hiciese Aníbal su aprendizaje en la guerra y sucediese en el mando á su padre. Hannón, jefe del partido contrario, declaró «que la petición de Asdrúbal le parecía justa, pero que no pensaba acceder á ella.» Y como se extrañase la singularidad de esta ambigua contestación, añadió: «Asdrúbal, por haber prostituído la flor de su juventud al padre de Aníbal, cree tener derecho para cobrar el favor á su hijo; pero no nos conviene que nuestros jóvenes, en vez de hacer el aprendizaje de la guerra, vayan á habituarse al desenfreno de nuestros generales. ¿Tememos que el hijo de Amílcar vea demasiado pronto la imagen del poder ilimitado y de la realza de su padre? ¿Y se teme que caigamos demasiado tarde en la servidumbre de ese rey de Cartago, que dejó nuestros ejércitos en herencia á su yerno? Por mi parte creo que ese joven debe permanecer aquí bajo la sujeción de las leyes, para aprender bajo nuestros magistrados á vivir en igualdad con todos sus conciudadanos, por temor de que algún día esta débil chispa llegue á producir un incendio.»

Algunos senadores, casi todos los más prudentes, participaban del parecer de Hannón; pero como muchas veces sucede, el número venció á la prudencia. Enviado Aníbal á España, desde su llegada atrajo las miradas del ejército. Los soldados veteranos creyeron ver á Amílcar en su juventud: tenía su rostro igual expresión de energía, el mismo brillo en la mirada, la misma expresión de boca, las mismas facciones. Muy pronto cesó de necesitar el recuerdo de su padre para granjearse el favor. Jamás hubo carácter más á propósito para las cosas más opuestas, obedecer y mandar; por esta razón hubiese sido difícil decidir quién le quería más, si el general ó el ejército. Asdrúbal no elegía otro

se trataba de algún golpe de audacia y de intrepidez; y con ningún otro mostraban los soldados mayor confianza y valor. Increíblemente atrevido para arrostrar los peligros, observaba en ellos maravillosa prudencia. Ningún trabajo fatigaba su cuerpo ni abatía su ánimo. Igualmente soportaba el frío y el calor. Para la comida y bebida consultaba las necesidades de la naturaleza y jamás el placer. Sus vigiliias y sueños no los regulaban el día y noche. El tiempo que le quedaba después de los negocios lo dedicaba al descanso, que por lo demás, no buscaba en las dulzuras del lecho ni en el silencio. Frecuentemente se le vió cubierto con un casco de soldados, tendido en el suelo, entre los centinelas y las guardias. Sus ropas en nada se distinguían de las de sus iguales; solamente eran notables sus armas y caballos. El mejor á la vez de los jinetes y de los infantes, marchaba el primero al combate y se retiraba el último. Acompañaban á tan grandes cualidades vicios no menos grandes: feroz crueldad, perfidia más que púnica, ninguna franqueza, ningún pudor, ni sombra de miedo á los dioses, ningún respeto á la fe del juramento, ninguna religión. Con esta mezcla de virtudes y vicios, sirvió tres años bajo Asdrúbal, sin olvidar nada de cuanto debía hacer ver en él el hombre destinado á ser gran capitán.

Por lo demás, desde el día en que fué nombrado general, parece que se le asignó por provincia la Italia y la guerra con los romanos; y persuadido de que no debía perder ni un momento, por temor de que, si vacilaba, le sobreviniese algún revés de fortuna, como á su padre Amílcar y después á Asdrúbal, decidió atacar á Sagunto. Pero como el sitio de esta ciudad había de provocar irremisiblemente las armas romanas, entró primeramente en territorio de los olcados, pueblo situado al otro lado del Ebro, y que más estaban nominal-

legal.

mente que en realidad bajo la dominación de los cartagineses (1) con objeto de que pareciera que no había llevado voluntariamente la guerra á los saguntinos, sino que le había arrastrado el encadenamiento de las circunstancias á la conquista y sumisión de los pueblos vecinos. Carteya (2), ciudad opulenta, capital de los olcados, fué tomada y saqueada. Aterradas las ciudades más endebles, se sometieron y se obligaron á pagar tributo. El ejército victorioso y rico de botín pasó á invernar en Cartagena. Allí, por medio de amplia distribución del botín, con el pago exacto del sueldo atrasado, se atrajo más y más á sus conciudadanos y aliados, y en los primeros días de la primavera realizó una expedición contra los vacceos, tomando por asalto Hermandica y Arbocala, ciudades de los carteyos. Arbocala resistió mucho tiempo, gracias al valor y número de sus habitantes. Los fugitivos de Hermandica, unidos con los desterrados de los olcados, vencidos el año anterior, sublevan á los carpetanos, atacan á Aníbal, á su regreso del país de los vacceos, cerca del Tajo, y perturban la marcha de su ejército, entorpecida con el botín. Abstúvose de pelear Aníbal; acampó en la ribera, y cuando observó que dormía el enemigo, y que había cesado todo rumor, atravesó el río por un vado y en seguida colocó su campamento bastante lejos para dejar venir al enemigo, con el propósito de caer sobre él al pasar. Mandó á la caballería que atacase en cuanto le vie-

(1) Parece que, según el tratado que señalaba el Ebro como límite respectivo de los dos pueblos, fuesen dueños de la parte de España que se reservaban; pero no era así. Porque los romanos no poseían nada ó casi nada al lado acá del Ebro, puesto que no tenían ningunas tropas en esta parte; y al otro lado del río, considerable número de pueblos no reconocían el dominio de los cartagineses. Por esta razón dice Tito Livio de los olcados que sólo nominalmente pertenecían á los cartagineses.

(2) Tortosa.

se metido en el agua; colocó la infantería en las orillas y la ocultó con cuarenta elefantes. Los carpetanos con los olcados y vacceos formaban cien mil hombres, y en campo raso habrían sido enemigo invencible. Naturalmente presuntuosos, fuertes con su número, persuadidos de que el temor hacía retroceder al enemigo y que solamente retrasaría su victoria el río que les separaba, lanzan el grito de guerra y se arrojan al Tajo ciegamente, sin jefe y cada cual por su lado. En el acto se lanzan desde la otra orilla fuerzas de caballería, y en medio del agua se trabó una lucha muy desigual; porque para derribar al peón vacilante y que desconfiaba del vado, bastaba que el jinete, hasta sin armas, lanzase el caballo, mientras que con el cuerpo y las armas libres, sobre su caballo seguro siempre, hasta en los parajes más profundos, podía herir de lejos y de cerca. Muchísimos perecieron en el río; y otros, arrastrados hacia el enemigo por la rapidez de la corriente, fueron aplastados por los elefantes; otros, en fin, creyendo más seguro volver á su orilla, procuran reunirse acudiendo en desorden de diversos puntos. Aníbal, formando en cuadro á sus soldados, cruza el río y les arroja de la ribera. En seguida devastó su territorio y en pocos días recibió la sumisión de los carpetanos. Desde entonces, todo lo que estaba al otro lado del Ebro, exceptuando los saguntinos, quedó en poder de los cartagineses.

Todavía no se había trabado la guerra con los saguntinos; pero se les suscitaban querellas, gérmenes de guerra con sus vecinos, especialmente los turdetanos. Como el autor del litigio les sostenía, y era evidente que se buscaba, no la satisfacción de un derecho, sino una colisión, los saguntinos enviaron legados á Roma para pedir socorros en aquella inminente guerra. Eran entonces cónsules Cornelio Escipión y Sempronio Longo.

Habiendo presentado éstos los legados al Senado, expusieron lo que interesaba á la república, y se convino en enviar legados á España para que examinasen la situación de los aliados. Si les parecía justa la causa de éstos, debían intimar á Aníbal que respetase á los saguntinos, y después pasar á Africa y exponer allí las quejas de los aliados del pueblo romano. Pero todavía no había marchado aquella legación decretada, cuando se supo que estaba sitiada Sagunto, cosa que nadie esperaba tan pronto. Entonces volvió á deliberar el Senado: unos, designando ya España y Africa por provincias á los dos cónsules, opinaban que se atacase á la vez por mar y tierra; otros querían dirigir todo el esfuerzo contra Aníbal y España; algunos, en fin, opinaban que no debía tratarse ligeramente asunto de tanta monta, y que se esperase el regreso de los legados. Esta opinión, que parecía la más segura, triunfó al cabo, y se apresuró la marcha de los legados Valerio Flaco y Q. Bebio Tamfilo, que debían presentarse á Aníbal y después marchar á Cartago, si no suspendía la guerra, para reclamar la persona misma del general en reparación de la ruptura del tratado.

Mientras los romanos deliberaban y formaban estos proyectos, veíase estrechada Sagunto con extraordinario vigor. De todas las ciudades allende el Ebro, ésta era incomparablemente la más poderosa. Encontrábase situada á unos mil pasos del mar; sus habitantes pasaban por ser una colonia de Zacinto, mezclada más adelante con algunos rútilos de Ardea. Por lo demás, habíase elevado rápidamente á aquel grado de poder, sea por su comercio de mar y tierra, sea por el aumento de su población, ó bien por la severidad de principios que le hizo conservar la fe en las alianzas hasta su propia ruina. Habiendo entrado Aníbal en su territorio, un formidable ejército, taló el campo y atacó le mucho.

tres puntos á la vez. Un ángulo de la muralla avanzaba en un valle más llano y descubierto que el terreno inmediato: por este lado se propuso colocar sus manteletes, á cuyo abrigo podría acercarse el ariete á las murallas; pero tanto como favorecía el terreno lejos de los muros el transporte de los manteletes, así encontraron obstáculos cuando quisieron usarlos. Dominábales una torre inmensa; el muro, por lo mismo que aquel era el lado débil de la plaza, era mucho más grueso y más elevado; en fin, allí era donde habían de ser mayores los trabajos y peligros y donde lo más escogido de la juventud hacía esfuerzos más grandes. Al principio, lluvia de dardos alejó á los asaltantes, sin que los trabajadores pudiesen encontrar ni sombra de seguridad. Muy pronto no se limitaron á lanzar dardos desde lo alto de la torre y las murallas; llevóse el atrevimiento hasta arrojarse sobre las guardias y los trabajos enemigos, y en aquellos repentinos combates, los saguntinos no perdían más gente que los cartagineses; y un día, en que Aníbal se acercó demasiado y sin bastante precaución á las murallas, cayó herido en un muslo por un dardo, y tal espanto y confusión se promovió en derredor suyo, que estuvieron á punto de abandonar las obras y los manteletes.

Durante algunos días quedó el sitio reducido á bloqueo, esperándose á que Aníbal curase de su herida; pero si hubo tregua de combates en este intervalo, continuaron las obras de fortificación. Así, pues, el ataque comenzó de nuevo con mayor brío, y á pesar de las dificultades del terreno, por muchos puntos avanzaron los arietes. El ejército de los cartagineses era muy numeroso, calculándose en ciento cincuenta mil hombres. Los sitiados, para defenderlo y vigilarlo todo, viéronse obligados á desparramar sus fuerzas, y ya no podían resistir, porque batidas incesantemente las mu-

rallas, estaban quebrantadas en muchos puntos. En un lado ancha brecha había abierto la ciudad; á consecuencia de ello, tres torres y la muralla que las unía habíanse derrumbado con terrible ruido, y los cartagineses se creyeron dueños de la ciudad por aquella brecha, por la que los dos bandos marcharon uno contra otro, como si los dos estuviesen defendidos por los parapetos. Por lo demás, nada hay parecido á esas confusas peleas á que dan ocasión en los sitios los ataques imprevistos. Aquí, dos ejércitos se presentaban formados en batalla, como en una llanura, entre los escombros de la muralla y las casas situadas á corta distancia. Por un lado la esperanza y por otro la desesperación, enardecían los pechos. Los sitiadores veíanse ya, con ligero esfuerzo, dueños de la plaza; los saguntinos cubren la ciudad con sus cuerpos á falta de murallas, y ni uno solo retrocede para no entregar al enemigo el terreno abandonado. Así, pues, cuanto más estrechos y apretados se encuentran los combatientes, más numerosas eran las heridas, y ningún dardo se perdía entre la armadura y el cuerpo. Los saguntinos tenían un arma arrojadiza llamada falarica, cuya asta era de abeto y redonda en toda su longitud, exceptuando el extremo en que engastaba el hierro. El extremo, cuadrado como el de la javalina romana, estaba rodeado de estopa empapada en pez. El hierro tenía tres pies de largo, de manera que pudiese traspasar la armadura y el cuerpo. Pero aunque la falarica quedase clavada en el escudo sin alcanzar el cuerpo, causaba sin embargo profundo espanto; porque, como estaba encendida por el centro y la carrera avivaba la llama, el soldado á quien alcanzaban veíase obligado á arrojar sus armas y á exponerse sin defensa á los golpes siguientes.

Hacia mucho tiempo que el combate permanecía incierto; pero los sitiados, que habían resistido mucho

más de lo que esperaban, redoblaban su valor, y los cartagineses, no siendo ya vencedores, se consideraban vencidos. De pronto lanzan terrible grito los saguntinos y rechazan al enemigo sobre la muralla derruida; desde allí le rechazan más, le infunden espanto, le derrotan y le empujan á su campamento. Entretanto, anuncian la llegada de los legados romanos; Aníbal envía á recibirlos hasta á la orilla del mar para decirles que no se encontrarían seguros entre las armas y tantos pueblos irritados por la guerra, y que, en cuanto á él, en circunstancias tan críticas, no tenía tiempo para escuchar mensajes. Era evidente que después de esta negativa, marcharían inmediatamente á Cartago, y de antemano envió cartas y mensajeros á los jefes del partido barcino para que preparasen los ánimos de sus adeptos y desbaratasen todas las tentativas de los contrarios en favor de los romanos.

Así, pues, á pesar de que los legados obtuvieron audiencia, su misión resultó también vana y estéril. Solamente Hannón sostuvo contra todo el Senado la validez del tratado, en medio de profundo silencio, inspirado por su carácter y no por su opinión. «En nombre de los dioses, árbitros y fiadores de los tratados, les había advertido y suplicado que no enviasen al ejército al hijo de Amílcar; ni los manes, ni el vástago de aquel hombre podían resignarse al reposo, y mientras quedase alguno de la sangre y el nombre de los Barca, no sería tranquila la alianza romana. Vivía un joven entre vosotros, ardiendo en deseos de reinar, y no viendo otro medio para conseguirlo que promover guerra tras guerra y vivir rodeado de armas y de legiones, vosotros alimentáis ese fuego amenazador; ¡vosotros enviáis ese joven al ejército! Habéis encendido por tanto el incendio que os devora. Vuestros soldados asedian á Sagunto, adonde los tratados les prohíben acercarse. Muy pronto las legiones

romanas sitiarán á Cartago, conducidas por esos mismos dioses, que, en la primera guerra, vengaron la violación de los tratados. ¿Acaso desconocéis al enemigo, á vosotros mismos ó á la fortuna del uno y del otro pueblo? Aliados y para aliados envían embajadores; vuestro digno general no los recibe en su campamento; suprime el derecho de gentes. Arrojadlos como jamás lo fueron ni los legados del enemigo, estos legados se os presentan; piden satisfacción según los tratados; nada piden á la nación, solamente reclaman un solo culpable, el autor del crimen. Cuanta mayor moderación y paciencia muestran en los primeros pasos, mayores energías temo en el rigor, una vez desencadenado. Recordad las islas Egatas, el monte Erix y todos los desastres que habéis experimentado por mar y tierra durante veinticuatro años. Y vuestro general no era un niño; era el mismo Amílcar, aquel segundo Marte, como dicen sus amigos; pero entonces no habíamos respetado á Tarento, esto es, la Italia, según la prescripción del tratado; lo mismo que hoy no respetamos á Sagunto. Por esta razón nos vencieron los dioses y los hombres; y la cuestión de saber cuál de los dos pueblos rompió el tratado, la decidió la suerte de la guerra, dando la victoria como juez equitativo al partido que tenía á su favor la justicia. Sus torres y manteletes las empuja hoy Aníbal contra Cartago: las murallas de Cartago son las que quebranta con los golpes de su ariete. Las ruinas de Sagunto (¡ojalá sea falso adivino!) caerán sobre nuestras cabezas; esta guerra comenzada contra los saguntinos, habrá que sostenerla contra Roma. Preguntaránme: ¿entregaremos á Aníbal? Bien sé que acerca de este punto no puedo tener autoridad á causa de mis enemistades con su padre. Pero no me regocijé de la muerte de Amílcar, sino porque viviendo él tendríamos ya la guerra con Roma; y odio y detesto á ese joven, porque veo en

él una furia, una tea de esa guerra. No solamente debemos entregarle en expiación del tratado violado, sino que, si nadie lo reclama, se le debe deportar á los últimos confines de los mares y las tierras y relegarle á tal paraje, que ni su fama ni su nombre pueda llegar hasta nosotros y turbar la tranquilidad de nuestra patria. Propongo, por tanto, que en el acto se envíen legados á Roma para dar satisfacción al Senado; otros á Aníbal para mandarle levantar el sitio de Sagunto y entregarle á él mismo á los romanos, y otros además para restituir á Sagunto todo lo que ha perdido.»

Cuando Hannón concluyó de hablar, no fué necesario que nadie le respondiese: tanto estaba por Aníbal la inmensa mayoría del Senado. Hasta se censuró á Hannón que hubiese hablado con mayor acritud que Valerio Flaco, el legado romano. En consecuencia de esto, se contestó: «Que la guerra había partido de los saguntinos y no de Aníbal, y que los romanos obrarían con suma injusticia, si preferían Sagunto á Cartago, su aliada más antigua.» Mientras los romanos perdían el tiempo en embajadas, viendo Aníbal fatigados á sus soldados con los combates y los trabajos, les dió algunos días de descanso, después de colocar guardias para la defensa de los manteletes y las otras obras. Entretanto excita su valor, unas veces con el odio de sus enemigos, otras con la esperanza de recompensas; especialmente cuando declaró en una asamblea que todo el botín de la ciudad pertenecería á los soldados, tanto aumentó el entusiasmo, que si se hubiese dado la señal en aquel momento, ninguna fuerza habría sido capaz de resistirles. Los saguntinos habían podido descansar de los combates durante algunos días, no atacando por su parte, así como ellos no eran atacados; pero habían trabajado sin descanso día y noche para levantar otra muralla en el punto donde estaba abierta la brecha. Muy

pronto volvieron á comenzar los asaltos más terribles que nunca; y en medio de los gritos que resonaban por todas partes, los sitiados no sabían á qué punto debían acudir primero ó preferentemente. El mismo Aníbal, por todas partes por donde avanzaba una torre móvil, que dominaba todas las fortificaciones de la ciudad, se presentaba para dar el impulso; y cuando esta torre, por medio de catapultas y balistas colocadas en todos sus pisos, barrió la muralla de defensores, Aníbal aprovechó la ocasión para enviar cerca de quinientos africanos con picos para socavar la muralla por el pie. El trabajo no era difícil, porque las piedras no estaban ligadas con cal, sino con cemento de tierra, según la costumbre de los antiguos. Así, pues, no se derrumbaba solamente la parte socavada, sino que se abrían grandes brechas por las que se precipitaron en la ciudad los grupos enemigos. Al fin se apoderaron de una altura, en la que emplazaron sus catapultas y balistas, amurallándola para tener una fortaleza dentro de la misma ciudad dominándola. Los saguntinos, por su parte, construyen un muro interior delante de la parte de la ciudad que conservan. Fortificanse por uno y otro lado y se combate con la mayor actividad; pero al levantar parapetos interiores, los sitiados reducen diariamente el recinto de la ciudad. Al mismo tiempo aumenta la escasez por la duración del sitio, y poco á poco desaparece la esperanza de socorro; porque Roma, su única esperanza, está, por desgracia, demasiado lejos, y todo lo que les rodea se encuentra en poder del enemigo. Sin embargo, los abatidos ánimos se rehacen un poco, habiendo marchado de pronto Aníbal contra los oretanos y carpetanos. Alarmados estos dos pueblos por el rigor de las levadas, habían detenido á los que las hacían y amenazaban con la defección; pero adelantándoseles Aníbal con la rapidez de su marcha, dejaron en reposo las armas que iban á empuñar.

Pero el sitio de Sagunto no amainó por esto; porque Maharbal, hijo de Himilcon, á quien Aníbal dejó el mando, desplegaba tal actividad, que ni los sitiadores ni los sitiados echaban de menos la ausencia del jefe. Algunas ventajas consiguió; con tres arietes derribó un lienzo de muralla, y cuando regresó Aníbal, le enseñó el suelo sembrado de recientes ruinas. Este llevó en el acto su ejército delante de la ciudad, y después de sangriento combate, funesto para los dos ejércitos, se apoderó de parte de la fortificación. Entonces intentaron dos hombres un convenio, el saguntino Alcón y el español Alorco. Sin que se enterasen los saguntinos, Alcón, esperando que serían atendidas sus súplicas, penetró de noche hasta Aníbal; y como éste, sin que le afectasen sus lágrimas, quería, como vencedor irritado, imponer duras condiciones, Alcón, de mediador se trocó en desertor y quedó con el enemigo, diciendo que le matarían si se atreviese á proponer una paz á tal precio. Quería el vencedor que los saguntinos diesen completa satisfacción á los turdetanos, y que después de entregar todo su oro y toda su plata saliesen de la ciudad con un solo vestido para establecerse en el paraje que se les designara. Asegurando Alcón que los saguntinos no aceptarían jamás aquellas condiciones, y pretendiendo Alorco que el valor no sobrevivía á la ruina de todo lo demás, se ofreció por mediador. Alorco, soldado de Aníbal, había sido huésped y amigo de los saguntinos. Adelántase en medio del día, entrega sus armas á los centinelas enemigos, atraviesa las fortificaciones y pide que le lleven ante el pretor saguntino. El caso había reunido inmediatamente inmensa multitud; hízosela abrir paso, y el Senado recibió á Alorco, que habló de esta manera:

«Si vuestro conciudadano Alcón, después de haber ido á ver á Aníbal para pedirle la paz, os hubiese traído su respuesta, inútil fuera que me presentase á vosotros

sin ser legado de Aníbal ni desertor. Pero ya que por vuestra culpa ó por la suya ha quedado con el enemigo, por la suya, si su temor es fingido, por la vuestra, si es peligroso deciros la verdad, he venido en nombre de nuestras antiguas relaciones y hospitalidad, para deciros que todavía os quedan algunos medios de salvación y de paz. Ahora bien: la prueba de que hablo solamente por interés vuestro es que, mientras habéis podido resistir con vuestras propias fuerzas, ó esperar socorro de los romanos, jamás he venido á aconsejaros la sumisión; pero cuando ya no tenéis esperanza por parte de los romanos y vuestras armas y murallas no pueden defenderos más, os traigo una paz más necesaria que ventajosa. Tengo alguna esperanza de que la conseguiréis, si escucháis como vencidos las proposiciones del vencedor, y si, en vez de contar como pérdida lo que os quite ese vencedor, que ya es dueño de todo, consideraréis más bien como don suyo lo que se digné dejaros. Esta ciudad, en gran parte destruída y ocupada casi por completo, os la toma, pero os deja vuestros campos, reservándose designaros el paraje donde podréis construir una ciudad nueva. Todo cuanto oro y plata tengáis, sea en el tesoro público, sea en poder de particulares, se le entregará, pero respeta y conserva vuestras personas, vuestras esposas y vuestros hijos, si consentís en salir de la ciudad sin armas y con dos trajes solamente. Tal es la orden del vencedor, orden terrible y cruel sin duda, pero que vuestra desgracia os obliga á soportar. Por lo demás, no desespero de que, una vez recibida vuestra sumisión, no ceda algo de su rigor. En todo caso, creo que mejor es que os resignéis á todo, que exponeros á ser exterminados y á ver á vuestras esposas y vuestros hijos arrebatados y arrastrados ante vuestros ojos según los derechos de la guerra.»

«La multitud se había reunido poco á poco para escu-

char este discurso, de modo que el pueblo se encontraba mezclado con el Senado. De pronto salen los senadores principales antes de que se conteste, llevan á la plaza pública todo el oro y la plata que tenían en sus casas y en el tesoro público, lo arrojan á una hoguera encendida apresuradamente, y en ella se precipitan también casi todos ellos. Este espectáculo había difundido por la ciudad la consternación y el pavor, cuando se escucha nuevo tumulto por el lado de la fortaleza; acababa de derrumbarse una torre combatida desde mucho tiempo. En el acto se lanza sobre las ruinas una cohorte y advierte con una señal al general que la plaza está desguarnecida de guardias y centinelas. Pensó Aníbal no debía vacilar en ocasión como aquella; ataca con todas sus fuerzas la ciudad, la toma en el acto y manda pasar á cuchillo á cuantos tenían edad para llevar las armas; medida cruel cuya necesidad sin embargo demostraron los acontecimientos. Porque ¿cómo perdonar hombres que se quemaban en sus casas con sus mujeres y sus hijos ó que con las armas en la mano combatían hasta morir?

En la ciudad recogieron inmenso botín. Aunque los habitantes lo habían deteriorado casi todo, aunque la matanza apenas distinguió de edades y los prisioneros fueron propiedad de los soldados, es sin embargo cierto que el producto de los objetos vendidos se elevó á cantidad considerable y se enviaron á Cartago muchos trajes y muebles preciosos. Pretenden algunos escritores que Sagunto sucumbió después de ocho meses de sitio, que entonces marchó Aníbal á invernar en Cartagena, y que cinco meses después de dejar esta ciudad, entró en Italia. Si esto es así, imposible es que P. Cornelio y T. Sempronio fuesen los mismos cónsules que recibieron los legados de Sagunto al comenzar el sitio, y que más tarde combatieron con Aníbal, el uno cerca

del Tesino, y los dos, poco después, en las orillas del Trebia. Ó todo se verificó en menos tiempo, ó Sagunto no fué atacada, sino tomada al empezar el consulado de P. Cornelio y T. Sempronio. Porque la batalla del Trebia no puede referirse al año de Cn. Servilio y de C. Flaminio, porque Flaminio comenzó su consulado en Arimino, después de haberle proclamado Sempronio, que fué á Roma después de la batalla del Trebia para la elección de los cónsules, y terminados los comicios, se apresuró á incorporarse al ejército en sus cuarteles de invierno.

Casi al mismo tiempo que regresaron á Roma los legados enviados á Cartago, diciendo que todo lo habían encontrado hostil, se supo la caída de Sagunto. Entonces experimentaron á la vez los senadores dolor y compasión por la triste suerte de los aliados, vergüenza por no haberles socorrido, y tanta cólera contra los cartagineses y tanto temor por lo porvenir, como si el enemigo estuviese ya en las puertas de Roma, que turbados los ánimos por estas diferentes emociones, más vacilaban irresolutos que deliberaban. «Nunca, decían, había tenido Roma enemigo más activo y belicoso; ni la república había mostrado jamás mayor debilidad y cobardía. La Cerdeña, Córcega, Istria y la Iliria fueron para las armas romanas antes juego que prueba, y los galos habían ocasionado un tumulto más bien que una guerra. Mas ahora, los cartagineses, aquellos antiguos enemigos, aguerridos en veintitrés años de penosas victorias, bajo Amílcar primero, después bajo Asdrúbal y actualmente bajo el intrépido Aníbal, orgullosos por la ruina de una ciudad opulenta, atraviesan el Ebro, arrastran con ellos muchas gentes españolas, y muy pronto sublevarán las naciones galas, ávidas siempre de batalla. Habrá que combatir con el universo entero en la misma Italia y bajo los muros de Roma.»